

El mal y sus máscaras

Toño Ciruelo

EVELIO ROSERO

Tusquets, Bogotá, 2017, 228 pp.

AL COMIENZO de la novela, Toño Ciruelo aparece en la casa del narrador, Eri, después de veinte años sin saber el uno del otro. Su relación, que se remonta a los años del colegio, se había mantenido, con intervalos de separación entre ambos, hasta los treinta años. Tras llegar, Ciruelo le confiesa que ha asesinado a la Oscuranta, o la Indígena, una extraña mujer que fue su pareja, la única relación estable que tuvo en su vida. Toño Ciruelo le declara a Eri su crimen mientras le agarra del cuello; está a punto de asfixiarlo y lo acusa de haberse acostado con la mujer —lo que después se revelará como falso—. La escena dibuja de entrada el carácter violento y despiadado del personaje, un asesino falto de escrúpulos, lo que se sabrá solo al final de la novela, cuando se manifestará la verdadera dimensión de su instinto criminal.

A partir de aquí, Eri reconstruye su relación con Ciruelo. Durante los años escolares, ambos comparten aventuras con Fito Fagua, cuya hermana, Ángela, una bella adolescente, es víctima del primer acto criminal de Ciruelo y de su enorme poder de seducción gracias a su perversa inteligencia. Ángela, Fito y Eri acabarán reconociendo antes o después la fascinación, mezclada con el miedo, que sienten por Ciruelo; la gran atracción y dominio que ejerce sobre los que lo rodean.

Todos irán apartándose de Ciruelo, pero el narrador se reencontrará con él y sabrá de sus andanzas en diferentes momentos de la vida:

No quería continuar mi amistad con Ciruelo —señala Eri recordando sus años juveniles—: me exasperaba, era una aversión que provenía del instinto —aunque no dejaba de ganarme su palabra viva, el mundo subterráneo que arrojaba, que en cualquier segundo te corrompía, íntima, ferozmente: el abismo de una maldad elemental pero avasallante, la inquina contra el mundo, amargura insoslayable, sexo y rebelión— que yo compartía, quién sabe por qué, la edad, supongo. (p. 53)

Ciruelo será, de algún modo, el espejo de los deseos reprimidos de sus amigos de juventud, aquel que logra llevarlos a cabo; de ahí su capacidad para someterlos a pesar del rechazo que les provoca su forma de ser y de actuar.

Hijo de un senador que será asesinado en un atentado, pasa el tiempo con su hermana —que acabará suicidándose—, en una relación que bordea el incesto. Según avanza la historia, van surgiendo los rasgos de su singular personalidad: mentiroso y dueño de una palabra seductora, rico, culto, obsesionado con el sexo y sus perversiones, violento, y con ciertas destrezas que aumentan su magnetismo —domina la ventriloquía y la hipnosis, e incluso parece tener poderes telepáticos, casi mágicos—. El primer capítulo, o “Libro primero”, se centra en las relaciones entre Eri, Fito y Ciruelo durante la juventud, pero en su parte final el relato da un giro inesperado que apunta a estrategias típicas de la literatura de Rosero. Los tres emprenden un viaje sin destino cierto por Colombia y en una de sus paradas están al lado de una iglesia donde va a celebrarse una boda; fuman marihuana, después de que Ciruelo lía los cigarros con hojas del Eclesiastés, y el relato adquiere entonces un tono alucinado, irreal, escatológico y absurdo, al borde de lo esperpéntico. Huyen e inmediatamente después se encuentran en un pueblo al que ha llegado también un grupo de tullidos, paralíticos y enfermos en peregrinación a la Gruta del Señor de la Danza en busca de su curación. Este nuevo episodio vuelve a introducirnos en una atmósfera grotesca, atravesada por una teatralidad irreverente que conduce la historia a una dimensión diferente, donde el realismo de los episodios iniciales se diluye para entrar en un escenario carnavalesco por el que se mueve esta Corte de los Milagros colombiana.

Toño Ciruelo vuelve aquí a constantes de la narrativa de Evelio Rosero. En algunas de sus últimas novelas, su acercamiento a la realidad colombiana trasciende el retrato directo de una sociedad sumida en la violencia y en el declive moral, para adoptar ángulos inesperados que dejan asomar, junto a los perfiles terribles de

la historia de su país, una vertiente caricaturesca, pero no por ello menos sombría. El costumbrismo inicial de *Los almuerzos* (2001), en cuya parte final se transforma en un relato de ambiente gótico que juega paródicamente con los códigos del terror; la farsa carnavalesca para desmitificar los mitos nacionales, a la que recurre en *La carroza de Bolívar* (2012); o la proyección del conflicto bélico de Colombia hacia los espacios interiores de la conciencia, que elabora en *Los ejércitos* (2006) en medio de una geografía imprecisa, conscientemente despojada de referentes concretos pero capaz de reflejar con extraordinaria nitidez el clima trágico del país, son algunos ejemplos significativos de este rasgo clave en su poética de la ficción.

Esta línea se hace más evidente en el “Segundo libro”. Los amigos se separan y tiempo después, Eri vuelve a tener noticias de Ciruelo: ha organizado la Exposición del Dolor, donde se representaban en vivo “cada sábado, desde las seis de la tarde hasta las nueve de la noche, con gran ambientación, algunas de las más relevantes, por lo cruentas, escenas y figuras de la historia de la humanidad” (p. 137). Alegoría del mal, la exposición se compone de representaciones donde la violencia cruda, el sexo y las escenas blasfemas concebidos por Toño Ciruelo culminan en un acto real de extrema vileza protagonizado por él mismo. A ello le seguirá la creación, cerca de Bogotá, de una comuna llamada la Granja de la Libertad, cuya finalidad es “trabajar en bien de [un] país inventado” y que nuevamente escandalizará a la sociedad colombiana. Por último, inaugurará su exposición “Bogotá adentro”, un conjunto de fotografías de mendigos, prostitutas, locos, animales muertos y otros representantes de los llamados “desechables”, retratados en su máxima miseria y degradación para formar el *puzzle* de una Bogotá “oscura, sórdida y perturbada”. Y como remate de la exposición, la imagen del propio Toño Ciruelo disfrazado de mendigo en un sugerente juego de espejos que se hace más patente al final cuando Eri, a punto de salir de la muestra —y esta es una de las mejores escenas de la novela—, se encuentra con un grupo de gente y descubre que “toda esa horda de locos

RESEÑAS		NOVELA
<p>y mendigos (...) venían a verse ellos mismos, retratados” (p. 161). Si en la primera parte Toño Ciruelo emerge como el espejo de los deseos de sus amigos, en la segunda sus proyectos ponen al país esta vez frente al espejo de sus propias miserias.</p> <p>La Exposición del Dolor, la Granja de la Libertad y las fotografías de “Bogotá adentro” insisten en esa visión deformadora de lo real, típica de la escritura de Rosero, una mirada atenta a lo grotesco, a la farsa y el carnaval; a una teatralidad que, al imponerse al relato, rompe la linealidad narrativa y sirve para subrayar la imagen desolada de un país que muestra sus verdaderos perfiles al ser descifrado desde la amoralidad y la perversión. Rosero redobla así su apuesta por acercarse a la historia colombiana desde ángulos oblicuos, algo destacable en una tradición narrativa que, como la colombiana, debido al carácter convulso y dramático de su historia reciente, se impuso registros más directos y realistas a la hora de dar cuenta de su pasado. En la última parte, el argumento vuelve a la escena inicial y el destino final del protagonista queda envuelto de nuevo en una atmósfera irreal que extrema la ambigüedad del desenlace. Las últimas páginas ponen el foco en la trayectoria criminal de Toño Ciruelo —una parte de su vida que hasta entonces no se había mostrado en toda su magnitud y que quizá debería haberse hecho más presente desde antes para lograr una trama más sólida—, pero a estas alturas su monstruosidad ha adquirido ya categoría de síntoma de la enfermedad moral de toda una sociedad y de toda una época, quizás incluso de toda una civilización.</p> <p>Evelio Rosero resuelve con solvencia una apuesta sin duda arriesgada, pero sus resultados habrían sido mejores si hubiera rebajado, en ciertos momentos, el tono demasiado solemne y enfático, en ocasiones incluso grandilocuente en exceso, de su lenguaje. También si el retrato del asesino hubiera dependido menos de la mirada del narrador: la fisonomía moral, así como la personalidad singular y en muchos aspectos fascinante de Toño Ciruelo, quedan perfectamente reveladas a través de sus actos, haciendo a menudo innecesarios, por repetitivos,</p>	<p>los juicios de Eri acerca de su antiguo compañero de pupitre.</p> <p style="text-align: center;">Eduardo Becerra</p>	